

La familia en transformación. Un proceso dinámico de toda la vida

Ursula Lebr



El artículo 6 de la Constitución establece en su apartado primero que el matrimonio y la familia gozan de la protección especial del orden estatal. Se invoca a la familia como célula de la sociedad

No obstante, las transformaciones sociales, entre las que cabe consignar el cambio estructural de la familia, han contribuido al cambio demográfico, y en buena medida lo han generado. En efecto: cambio demográfico no sólo significa que hay demasiada gente vieja sino también, poca juventud. Actualmente, en Alemania, en España, y podríamos decir

en la mayoría de los países de Europa, crece la resistencia a crear una familia, a tener hijos. No deberíamos hablar de “envejecimiento” de la sociedad, sino más bien de una sociedad sin juventud. Estamos ante nuevas estructuras familiares que son al mismo tiempo causa y efecto del cambio demográfico. Pocos niños implican un envejecimiento de la sociedad aumenta la edad promedio, crece el porcentaje de las personas mayores de sesenta/ochenta (causa); aumenta también el costo de los sistemas de seguridad social y se plantea el interrogante de quién se hace cargo de los viejos, quién

integra las jubilaciones y asume los cuidados (efecto). A la vez, el cambio demográfico mismo se inserta en un proceso de cambio social y económico que también repercute sobre ciertos aspectos de la familia: un puesto de trabajo inseguro reprime el deseo de tener hijos; un retroceso demográfico, a su vez, reduce la demanda de productos y, por ende, perjudica la economía, desestabiliza los puestos de trabajo y genera, como suerte de circuito que se retroalimenta, una nueva retracción en la tasa de nacimientos. En todo Europa se constata hoy una contracción en el número de nacimientos.

I. Longevidad y roles familiares

Hacia el año 1900, la expectativa de vida promedio era de 45 años. Hoy la expectativa, de vida de los hombres es de 75,6 años y la de las mujeres es de casi 82 años. Quien hoy tiene sesenta tiene una expectativa de vida remanente de otros 25 años.

Es decir que quien hoy se acoge a los beneficios de la jubilación aún tiene la cuarta parte de su vida por delante, y eso con una mejor salud y más competencia que lo que era el caso décadas atrás.

Ante el marco de referencia de la creciente longevidad, el rol de ama de cas y madre ya no puede ser una profesión de por vida como era antes. Una vez que los hijos, o más exactamente el hijo o la hija, dejan la

cas, la mujer aún tiene la mitad de la vida por delante, lo que para más de una madre de tiempo completo se convierte en una etapa problemática de la vida. Muchos estudios revelan que la madre centrada en su familia es la que enfrenta el proceso de envejecimiento más difícil. Muchas veces se queja de su destino, ya que le pidieron “renunciar a todo por la familia” y ahora nadie se “lo agradece”. Por lo tanto, y ya por el solo hecho de darle a la mujer la oportunidad de vivir la segunda parte de su vida plenamente, es necesario que ejerza una profesión, al margen de la necesidad de asegurarse la vejez.

No obstante, tenemos que hacer referencia a muy diversos planes de vida. Crece el número de mujeres que deciden tener un hijo cuando ya han cumplido largamente los 30 o incluso los 40 años de edad. Una vez que este chico creció, ya no les queda “la mitad de la vida”, pero son demasiado jóvenes como para pasar a una vida de jubiladas. Para estas mujeres es particularmente difícil reinsertarse en la vida laboral luego de haber dedicado varios años a la educación de los hijos, en particular cuando son muchos los años dedicados a la crianza. Contraer matrimonio tardíamente significa muchas veces estar sin trabajo o incluso estar ya jubilado cuando los hijos aún están en edad escolar. Se trata, pues, de una enorme carga para la situación familiar y a veces también para los hijos en edad escolar.

Pero no sólo enfrentamos una creciente longevidad, sino también una prolongación de la adolescencia. Los jóvenes comienzan a trabajar más tarde, se casan más tarde, todos los partidos políticos tienen organizaciones juveniles que acepten miembros hasta los 35 años. Es decir que se es “joven” hasta los 35 años, a partir de los 45 ya se es “un trabajador entrado en años”, con 50 se es considerado “muy viejo” para encontrar un trabajo nuevo y a partir de los 55 se habla de una “economía de viejos”, se forma parte de los viejos. “De la beca estudiantil a la jubilación” - ¿puede ser eso una meta existencial?

II. Vivir en un mundo que envejece

Hacia comienzos del siglo XX, el porcentaje de personas mayores de sesenta sumaba en Alemania 5%. Hoy se ubica en casi 25% y para el año 2030 se calcula que casi del 35 a 38% de la población tendrá sesenta años o más. En cambio, viene en retroceso el porcentaje de la población menor de 20 años. Hoy, 21% de la población tiene menos de veinte años, pero el año 2030 tendremos el doble de sexagenarios que de jóvenes menores de 20 (35 a 17%).

Pero también el grupo de los octogenarios y de las personas superiores a 90 y 100 años aumenta. Actualmente en Alemania viven unas 10.000 personas que tienen 100 años. En el año 2025 serán más de

114.000 de una población total que para entonces habrá bajado de 83 millones aproximadamente 70 millones.

Cuanto mayor sea el grupo etéreo, tanto mayor (hoy todavía) el predominio numérico de la mujer, consecuencia de una expectativa de vida de seis a siete años más larga y también debido a las bajas de la guerra que afectaron al género masculino.

El grupo de los generotes o longevos, es decir, los que han superado los 80 años de vida, es en todo el mundo el grupo demográfico que más aumentará a lo largo de los próximos años. Pero la división habitual que habla de “viejos jóvenes” y a partir de los ochenta de los “viejos viejos” es problemática. Más problemática, más de uno es un “viejo, viejo” a los 55, en tanto que otros son “viejos, jóvenes” con noventa. Los decisivos es la edad funcional, lo que en inglés se llama *functional age*, el funcionamiento de las diversas capacidades físicas y anímicas e intelectuales. Y estas funcionalidades no están en absoluto atadas a una edad cronológica, sino que se ven determinadas por factores biológicos y sociales que actúan durante toda una vida. Son determinantes la educación, en entretenimiento profesional, el estilo de vida y las reacciones ante los problemas. Es preciso declarar la guerra a un modelo de déficit general del envejecimiento, existen muchos estudios que refutan semejante modelo.

Envejecer no está unido necesariamente a la declinación y la pérdida; puede ser en muchos ámbitos incluso una ganancia, un aumento de competencia y potencialidades y, por ende, una oportunidad para el individuo y la sociedad. Lo cierto es que personas de la misma edad muchas veces muestran mayores diferencias que personas con diferencia de edad de veinte años y más. Lentamente, los sectores industriales pero también políticos de nuestra sociedad comprenden las capacidades especiales de la gente mayor, ven en los mayores un “sostén de la sociedad”, sobre todo en relación con su compromiso ciudadano, con el ejercicio de actividades solidarias.

III. Razones para el retroceso de la tasa de natalidad

Finalmente, el envejecimiento de una sociedad es, además de la creciente longevidad y del cambio en la actitud frente a la familia, el producto de la menor tasa de nacimiento. Son cada vez más las mujeres sin hijos. De las mujeres que nacieron en 1950, apenas 11% no tuvo hijos. En cambio las mujeres nacidas en 1965 se estima que 35% no tiene hijos. Por otra parte, de las mujeres en formación universitaria, entre el 40 y el 44% no tiene hijos. Incluso en países tan amantes de los niños como son España e Italia, y más recientemente también Grecia, se constata un retroceso en la tasa de natalidad.

Entre las múltiples razones del retroceso en la tasa de natalidad figuran, desde la década de 1960, las mejores posibilidades de planificación familiar como también la pérdida del factor “instrumental”, es decir, la pérdida de la importancia del hijo como mano de obra, como seguridad, como seguridad personal para la vejez como “sucesor” o portador de apellido. En la discusión pública unilateral sobre el “hijo como factor de costos” se calla que los hijos también traen alegría y un enorme enriquecimiento de la vida, que en el fondo son “pobres” los que no tienen hijos, aun cuando quizás puedan darse el mucho más lujos. También cabe citar a la terapeuta infantil y de adolescentes Crita Mewes, que predijo la necesidad de una presencia maternal de 24 horas. Habrá que esperar para ver hasta qué punto y con cuánto éxito en la actualidad asumirá este rol la autora y ex conductora de televisión. Eva Herman. Condiciones de vida inciertas en torno a la estabilidad del puesto de trabajo, la vivienda, el cuidado de los chicos y la conjugación de la familia y profesión dificultan, en general, la posibilidad de planificar la familia en la actualidad. Muchas veces el chico es considerado un factor que perturba la planificación del tiempo libre; en particular sostiene ese pensamiento los hombres jóvenes. Según un estudio de W. Opaschowski, 40% de los hombres de 40 años piensa que puede vivir muy bien sin hijos. *Una de las razones

del retroceso de la natalidad también radica en la prolongada adolescencia, en formación profesional que muchas veces extiende hasta la cuarta década de vida (condicionada en parte por el cambio de valores, la aceptación social de estrechas relaciones de pareja sin casamiento habiéndose abolido recién en los años de 1980 el artículo que pesaba el concubinato). Otro punto a considerar es que durante la primera mitad del siglo XX, la mujer vivía en la casa de los padres hasta que se casaba y, por lo tanto, estaba obligada a adaptarse a las costumbres de otros, y que luego del casamiento venían muy rápidamente los hijos, que a la vez exigían una adaptación. Hoy, por el contrario, la mujer abandona la casa de los padres a los 18 ó 20 años y vive en forma independiente. Vivir sola durante varios años genera una mayor individualidad; se forman particularidades y hábitos, en una época en la que a menudo se crea un estilo propio de vida, individualizado que luego dificulta una adaptación a una pareja y, mucho más, a hijos. Visto desde esta perspectiva, difícilmente cabe esperar que en lo inmediato se reduzcan las tasas de divorcio. Según estudios de Steffen Könnert y Reiner Klingholz (Berlin Institut für Bevölkerung und Entwicklung, 2007), las mujeres hoy “están demasiado bien preparadas” y, por lo tanto, no encuentran pareja. En esta sociedad es “normal” que el médico se case con la enfermera, pero se mira mal a la

médica que se casa con el enfermero. Cada vez son menos los hogares con tres hijos y en general sólo se da cuando el segundo hijo deseado resulta ser una pareja de mellizos o, si se forma una nueva pareja, como demostración de unión con esta nueva pareja. Muchas parejas, según estimaciones aproximadamente 15%, desean tener hijos pero no pueden tenerlos por diversas razones.

IV. Cambio en las relaciones generacionales

Cien años, atrás, por cada persona mayor de 75 años había 79 personas más jóvenes. Hoy, en cambio, la relación es de 10,4. Se ha calculado que en el año 2040, por cada persona mayor de 75 años apenas habrá 6,2 personas menores de 75 años. En 2050 esta relación se reducirá incluso a 5,5 personas. La evolución en Austria y Suiza es similar (Horst W. Opaschowski, *Der Generationenpakt. Das soziale Netz der Zukunft* Verlag, Darmstadt, 2004).

No hace falta preguntar quién se va hacer cargo de los cuidados. Si tenemos presente este desarrollo, serán la sociedad, los municipios, pero también el sector privado de la economía y la industria, los que deberán hacerse cargo. En ese caso, habría que replantear los conceptos urbanísticos, por ejemplo, desde el transporte hasta los centros deportivos y las posibilidades de practicar deporte para personas mayo-

res. Además de plazas con juegos infantiles necesitamos posibilidades de recreación y deportes para gente mayor. Tenemos que reflexionar sobre cómo se accede a las piscinas públicas, a los centros deportivos, a los consultorios médicos y las posibilidades de compra. Hay muchos edificios que hoy no tienen ascensores, donde sólo se llega a los departamentos por las escaleras, y muchos andenes de trenes no tienen escaleras mecánicas ni ascensores. Todo esto que ahora se reclama en razón del creciente número de personas mayores también sirve a los más jóvenes, sobre todo a las madres y padres con cochecitos de bebé. Cuando hablamos de hacer las cosas de acuerdo con las necesidades de la gente mayor, hablemos de la realidad de hacerlo adecuado a las necesidades de la gente.

La relación cuantitativa de los grupos etarios en nuestro país ha sufrido una importante transformación, pero también desde los aspectos cualitativos debe discutirse el cambio demográfico y la relación entre las generaciones. En primer lugar, cabe mencionar el retroceso de los hogares en los que conviven dos o tres generaciones y el incremento en el número de hogares de una sola generación o de una sola persona. Sólo 0,9% de los casi veinte millones de hogares en Alemania son hogares en los que conviven tres generaciones. Pero también retrocede el número de hogares en

los que conviven dos generaciones. Sólo aproximadamente la mitad de su vida una persona vive hoy en un hogar de dos generaciones: veinte años con los padres y luego, en la medida en que haya hijos, veinte años con los hijos. Esto significa que en Alemania, la gran mayoría de las personas vive a lo largo de cuarenta años solo o con una pareja en un hogar de una sola generación. Si comienza del siglo XX, 7.1% de todos los hogares en Alemania eran hogares de una sola persona y si cien años atrás en 44.4% de todos los hogares convivían cinco o más personas, actualmente esto no se aplica ni siquiera al 5%.

Existe la tendencia a vivir en casas separadas y una creciente singularización que no se puede interpretar ni como disolución de las estructuras familiares ni como alienación o soledad. A pesar de los hogares separados, la interacción entre padres, hijos, abuelos, es sorprendente grande, es considerable el interés recíproco que existe y, en caso de necesidad, también la ayuda que se presta. "Proximidad interior" con "distancia exterior" es la fórmula que caracteriza la relación familiar intergeneracional. Es cierto que 68% de las mujeres mayores de 75 años y 28% de los hombres de la misma edad viven en hogares conformados por una sola persona, pero sólo 5% o 10% de las personas de la tercera edad se quejan ocasionalmente de la soledad. Y

esto únicamente en el caso de quienes viven solos.

Ciertamente, el retroceso de los hogares numerosos tienen consecuencias: si el chico se enferma, ya no está la abuela o la hermana mayor que se puede hacer cargo. Y si las clases un día terminan antes, no hay nadie que reciba en la casa al chico de seis o de ocho años. Y eso en el caso de un porcentaje creciente de madres que crían solas a sus hijos. El retroceso de los hogares numerosos también repercute sobre la situación de personas mayores que necesitan pequeñas ayudas. ¿Quién ayuda a subir los cajones con agua mineral, quién les cambia la lamparita quemada? No son cosas por las que se pueda llamar al electricista ni tampoco al servicio de cuidados del sistema social ¿Y qué pasa con el diario cuando quienes no pueden caminar mucho tienen que dejar de comprarlo porque sólo pueden subir y bajar las escaleras una vez al día pero para cuando lo hacen, el diario que el diarero deja habitualmente en la puerta de calle ya desapareció? Al menos necesitamos buzones más grandes y más ayuda vecinal. Son consecuencias que tenemos que extraer del cambio demográfico y del cambio en la situación familiar. Por lo demás, será necesario que el comercio y la industria consideren más el cambio demográfico estructural del país, el cambio en la estructura de los hogares y de las familias. Eso va

desde una mayor selección de porciones individuales en el supermercado hasta un incremento creativo de las ofertas de servicios, entre las que figurarán la atención en las estaciones de servicios o los servicios *delivery*. El hijo, la hija, ya no viven a la vuelta y no pueden encargarse de tal o cual cosa para los padres ya entrados en años.

V. Los familiares como enfermeros

Envejecer no significa necesariamente deterioro o dependencia de cuidados de terceros. A menudo se sobreestima la intensidad de los cuidados que necesitan las personas ancianas. Un estudio de INFRATEST que abarcó 26.000 hogares demostró que la necesidad de cuidados en verdad recién se plantea, de hecho, en el grupo de las personas mayores a 85% años y afecta allí aproximadamente a 23% de los hombres y al 28% de las mujeres. Sin embargo, eso significa que aproximadamente sesenta de cada cien personas ancianas están en condiciones de manejarse por su cuenta en la vida diaria. Por lo tanto, es conveniente guardar cierta cautela respecto de proyecciones sobre el porcentaje de personas necesitadas de cuidado a medida que aumenta la cantidad de personas mayores de 85 años en nuestra sociedad. Actualmente las personas mayores son mucho más sanas y competentes de lo que fueron nuestros padres y abuelas a la misma edad,

siempre que llegaran a cumplir tal cantidad de años. Esta tendencia continuará en el futuro. Alvar Svanborg, médico social de Göteborg, constató, por ejemplo, que los septuagenarios del año 1983 (año de nacimiento 1912 – 1913) eran “diez años más jóvenes y sanos” que los septuagenarios del año 1973 (año de nacimiento 1902-03). Un estudio de la Universidad Duke constató que las personas de la tercera edad se mantienen más sanos más años”. La vulnerabilidad a la enfermedad de las personas mayores de 65 años disminuye claramente. En particular disminuye rápidamente la frecuencia con la que se manifiestan las típicas enfermedades de la vejez. Esta tendencia podría significar que el creciente envejecimiento de la población, en particular en las naciones industrializadas, no conlleva una carga financiera tan gravosa para las arcas públicas como se teme actualmente. En Estados Unidos, este fenómeno ya se traduce en valores mensurables. En 1994, la cantidad de personas mayores de 65 años que necesitaban ayuda y cuidados era un millón menos lo que se había pronosticado en 1982. a ello contribuyeron los avances de la medicina en el diagnóstico y la terapia, la técnica médica, la farmacología y también un estilo de vida que privilegia la vida sana. En cambio, todavía hay que hacer mucho en el ámbito de la prevención. Pero aun cuando no deberíamos sobrestimar el porcentaje futuro de personas ne-

cesitadas de cuidados, es obvio que la temática de la asistencia y el cuidado seguirá siendo un desafío en una sociedad que envejece progresivamente. Entre 70 y 80 % de la gente necesitada de cuidados recibe estos cuidados en el seno de su familia. Pero también hay que decir claramente que las posibilidades de los familiares son limitadas. Y esto en vista de:

- la creciente edad de los necesitados de cuidados y, por ende, también de quienes asuman estos cuidados, que terminan por excederlos en capacidad y fuerzas y, en casos extremos, pueden conducir a malos tratos hacia los ancianos;
- la falta de hijas y, en general, una disminución de hijos, de modo que rara vez hay hermanos entre los que puedan repartirse los cuidados;
- el creciente número de mujeres (e hijas) que trabajan;
- la creciente movilidad, por la que padres e hijos adultos frecuentemente viven en diferentes ciudades;
- y, finalmente la creciente tasa de divorcios. Por ahora tampoco se sabe si quienes viven en pareja asumirán el mismo compromiso que los casados; en cualquier caso, resulta difícil pensar que alguien va hacerse cargo de cuidar a la ex suegra.

En consecuencia, será necesario ampliar los servicios de asistencia ambulante y la ayuda institucional será imprescindible. También deberá existir

un sistema de control de claridad del cuidado, incluso el cuidado a cargo de los familiares. Los malos tratos que sufren los viejos son muy sutiles y a veces difíciles de demostrar, pero existen muchas veces como consecuencia de una sobreexigencia de los familiares a cargo del cuidado.

Pero ante todo, se trata de evitar que alguien necesite cuidados. Una creciente longevidad nos obliga prácticamente posible. Y cada uno puede contribuir con lo suyo. La consigna es: envejecer manteniéndose activo.

VI. Comunidades de vivienda y de vida

Aumenta también el número de nuevas formas de convivencia entre los mayores a través de “comunidad similares a las de las familias constituidas pero integradas por personas no emparentadas entre sí”. Pueden ser casa en las que viven varias generaciones o comunidades al estilo de Henning Scherf, en las que cuatro o cinco matrimonios constituye una gran familia artificial. Gordon Streib realizó ya en 1980 un estudio sobre este tipo de nuevas familias en Florida y publicó sus resultados con el título *The Cooperative Family – an Alternative Lifestyle the Elderly*. El estudio abarcó 75 de estos hogares con seis a ocho integrantes, todos ellos personas de la tercera edad no emparentadas entre sí que viven bajo un mismo techo,

como juntos cuando es necesario se ayudan recíprocamente, comparten los gastos de la casa, usan un auto en común y cuentan con una suerte de administrador común.

Al margen de este estilo de vida es muy valorado, al menos por quienes han optado por ponerlo en práctica y que lo privilegian por sobre formas de convivencia que involucran a parientes, también reduce los costos. Incluso las personas de tercera edad que tendrían la posibilidad de convivir con sus hijos adultos lo aprecian mucho. Consideran que en la “pseudofamilia” pueden preservar mejor su independencia y no quieren que la convivencia ponga en peligro los preciados vínculos con los hijos. La pseudofamilia les ofrece una gran cantidad de formas de interacción y aspectos en común y les permite mudarse en cualquier momento: “No puede elegir a mis parientes, pero sí puedo elegir a mis amigos y con quienes quiero compartir una casa o un piso”.

VII. Fuertes lazos familiares

Constantemente muchos cambios en la situación de la familia, pero lo que no está en duda es la solidaridad entre generaciones. En las últimas décadas, más bien han retrocedido y no aumentado los conflictos generacionales en la familia. Un análisis de narraciones biográficas espontáneas de quienes han nacido entre 1890 y 1925 revela que

éstos han tenido con mucha frecuencia conflictos con los padres que afectaron todas las etapas de sus vidas, que las generaciones posteriores. Las personas que nacieron entre 1930 y 1932, y mucho más los que nacieron entre 1950 y 1952, relatan muchas menos confrontaciones entre padres e hijos. Hoy hay menos dependencias financieras y materiales; se ordenan y se prohíbe menos y no está tan difundida la sensación de que interfieren con el propio proyecto de vida.

Todos los estudios e informes revelan que la actual generación de jubilados se ocupa muchísimo de sus hijos y nietos en la esfera privada, sea con ayuda económica, prestaciones materiales, cuidando a los propios padres. Un estudio de Martín Kohli constata que las personas mayores “trabajan voluntariamente unas 3.500 millones de horas por año en las áreas de trabajo honorario neto promedio habitual en estos sectores de 11,80 euros, lo que equivale al 21% de los pagos realizados por el sistema provisional obligatorio.

En el ámbito familiar, las personas mayores son más bien las que dan y no tanto las que reciben. En el ámbito familiar existe una considerable solidaridad intergeneracional y ayuda recíproca.

Cabe destacar una vez más el rol de los abuelos que pro-

porcionan ayuda financiera instrumental y/o emocional.

A pesar de todos los cambios, de todos los vaticinios de ocaso, de calificativo como anticuada, obsoleta, en plena crisis, etc., la familia es y sigue un valor fundamental de nuestra sociedad. En la medida en que surgen nuevas perspectivas, puede salir incluso fortalecida de la reestructuración interior y exterior a la que está siendo cometida. Antiguamente, la familia era más una comunidad forzosa. En muchos casos la existencia individual dependía casi por completo de las relaciones familiares permanecían unidas por lazos exteriores, en tanto que hoy constatamos que lo que une a las familias son lazos internos, formas de convivencia voluntarias y una comunión emocional que es fundamental.

Resumen

Estamos ante nuevas estructuras familiares que son al mismo tiempo causa y efecto del cambio demográfico. A la vez, el cambio demográfico mismo se inserta en un proceso de cambio social y económico que también repercute sobre ciertos aspectos de la familia. A pesar de todos los cambios, de todos los vaticinios de ocaso, la familia es y sigue siendo un valor fundamental de nuestra sociedad. En la medida en que surgen nuevas perspectivas, puede salir incluso fortalecida de la reestructuración interior y exterior a la que está siendo sometida. 